



PENUMBRO



Los misterios de Puerto Encantado:

Malamandra

Gargantis

Penumbro

PENÚMBRO



THOMAS
TAYLOR

TRADUCIDO POR GERARDO PIÑA

loqueleg®

loqueleg®

PENUMBRO

Título original: *Shadowghast*

D. R. © del texto, el mapa y las viñetas: Thomas Taylor, 2021

Publicado bajo acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ

D. R. © de la ilustración de portada: Tom Booth, 2021

Reproducido con permiso de Walker Books Ltd., London SE11 5HJ
walker.co.uk

D. R. © de la traducción: Gerardo Piña, 2023

D. R. © de esta edición: Santillana Educación México, S. A. de C. V., 2023

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-607-8941-23-0

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico.

Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx





Para Benjy — T.T.





PUERTO ENCANTADO



NIEBLA DEL MAR

Café de Seegol

Teatro al fondo
del embarcadero

EMBARCADERO

Los restos del
LEVIATÁN

LAS FAUCES DE ROCA





HALLOWEEN

¿TE ACUERDAS DE TU PRIMERA NOCHE PENUMBROSA?

¿La primera vez que viste el espectáculo especial de Halloween de Puerto Encantado?

¿La primera vez que te reuniste en el muelle con tus amigos y familiares y te acurrucaste en el aire frío de la tarde —bajo el resplandor de las velas manglewick—, mientras esperabas a que comenzara la magia?

¿A lo mejor ibas sobre los hombros de tu padre, con una manzana de caramelo en una mano y una luz de bengala en la otra? O tal vez te asomaste desde el interior del abrigo de tu madre mientras el titiritero encendía la linterna.

¿Recuerdas cómo parpadeaste con el haz de luz fantasmagórica?

¿Recuerdas cómo los humos extraños te hacían cosquillas en la nariz?

¿Recuerdas cómo se te iba el aire del asombro cuando las manos del artista conjuraban marionetas de formas sombrías y fantasmagóricas que se arrastraban, hacían maromas y bailaban sobre ti en los vapores del aire del otoño?

¿Y la viste?

¿Viste esa sombra *extra*, una que no era obra de los hábiles dedos del titiritero?

¿Una sombra no proyectada por nada en absoluto?

Una figura torcida, retozando con oscuro deleite al borde del haz de luz de la linterna, que nunca estaba exactamente donde pensabas cuando te volvías para mirar, pero siempre estaba ahí, cazando, atormentando, *arrebata*ndo una a una las sombras del artista hasta que el espectáculo terminó.

Y el humo se convirtió en nada.

Y todas las sombras desaparecieron.

Y no quedó más sonido que el siseo de la linterna, el crujido del muelle y la agitación del mar infinito.

¿Y bien? ¿Te acuerdas?

¿Alguna vez *viste* a Penumbro?

Pero ¿qué estoy diciendo?

¡Claro que no!

Probablemente nunca hayas oído hablar de la Noche Penumbrosa, ni de las velas manglewick, ni de nada de eso.

A no ser que hayas estado antes en Puerto Encantado y hayas hecho muchas preguntas. Pero aun así, yo estoy seguro de que habrías olvidado esta extraña tradición nuestra, que coincide con la noche que el resto del mundo conoce como Halloween. Igual que la mayoría de la gente en esta época del año, probablemente estarás demasiado ocupado tallando calabazas o planeando tu disfraz de “dulce o truco” como para prestar mucha atención a las viejas y divertidas costumbres de un pequeño pueblo costero. Demasiado ocupado creyendo en duendes y fantasmas como para preocuparte por la única leyenda de un espíritu maligno que, de hecho, podría ser cierta.

Y está bien.

Para ti.

Pero si vivieras en Puerto Encantado, lo verías de otra manera. Si te hubieras quedado una vez que los turistas veraniegos se fueron y las señales de colores pastel de aquellos días de diversión junto al mar se desvanecieron

en la oscuridad del invierno, lo sabrías. Tú también apresurarías el paso por las calles borrascosas a medida que los días se acortaran y las sombras se hicieran más largas. Y cuando por fin llegara el final del mes de octubre, tú también encenderías una vela manglewick para protegerte.

Sólo por si acaso.

Sólo por si acaso, éste es el año en que la Noche Penumbrosa se olvida y ningún artista enciende una linterna en el muelle para conjurar marionetas de sombras en ofrenda a la oscuridad. Porque si eso llegara a ocurrir, según dicen, Penumbro, enfurecido por el insulto, cazaría en su lugar las sombras de los vivos.

Pero veo que sonríes.

Sigues pensando que Penumbro no es más que una superstición tonta.

No es más que un truco de la luz.

Sólo recuerda esto: en el corazón de cada leyenda hay una chispa de verdad. Y cuando la luz del sol se apaga y estás huyendo de las sombras a través de las profundas calles de Puerto Encantado, una chispa —no importa lo pequeña que sea— es a veces todo lo que necesitas.

A menos que ese truco de la luz sea en realidad un truco de la oscuridad.





DESAYUNO DE CUMPLEAÑOS

ALGUNAS PALABRAS SIMPLEMENTE PARECEN ir bien juntas, ¿verdad? Como *linterna* y *mágica*, o *extraña* y *sombra*, o *fogata* y *cuento*. Pero en este momento, a la luz de la mañana y al calor del comedor del hotel, ningunas palabras parecen ir tan bien como *caliente*, *mantequilla* y *pan tostado*.

Y sé de lo que hablo. Cuando se trata de desayunar, yo, Herbert Lemon —Encargado de los Objetos Perdidos en el Hotel Gran Nautilus—, soy una especie de experto. Por eso estoy escondido detrás de esta maceta gigante de helechos, apretando la nariz contra los paneles de cristal del comedor, mientras el personal que trabaja en la cocina pone bandejas de cosas deliciosas en el

aparador, incrementando mi calidad de experto todo lo que puedo.

Hoy es un día especial, y un desayuno como para acabar con todos los desayunos se extiende ante mis ojos, danzando ante mis fosas nasales y haciendo que mis encías se estremezcan.

¿No me crees?

Pues acerca la nariz a la ventanilla que está al lado de la mía y echa un vistazo a los montones de salchichas, a las pilas de rebanadas de tocino, a los montones de crujientes papas fritas. A los huevos fritos con las yemas a punto de reventarse o revueltos a la perfección; a los champiñones glaseados con miel, a los tomates asados y a los humeantes frijoles al horno; al pan tostado, frito o caliente con mantequilla (¡sí!); a las cestas de pan dulce recién horneado y doradito; a los waffles y la miel de maple; a las donas del desayuno, resplandecientes de azúcar y rellenas de la mermelada de frambuesa especial del chef.

Y en el centro de todo, por encima de la vajilla de plata, la porcelana fina y los cuchillos y tenedores antiguos, se alza un enorme cuenco de cristal tallado, lleno hasta el borde de crema, con un festivo y magnífico postre de jerez, coronado con una cereza glaseada.

No me extraña que mi ventana se empañe. Seguro que la tuya también.

Porque, verás, hoy es el cumpleaños de Lady Kraken. Y Lady Kraken, la dueña del Hotel Gran Nautilus, ha decretado hace tiempo que en su cumpleaños habrá un desayuno especial, y todo —*todo*— el personal del hotel está invitado.

La señora no estará presente, por supuesto. Hoy en día nunca está presente, no ahora que se ha convertido en una ermitaña. Pero una vez que le hayan llevado su desayuno —un solo huevo duro y un dedal de comino molido— al sexto piso, bajo una reluciente cúpula de plata, y que se lo hayan servido en sus aposentos privados con una pequeña taza de café sin azúcar, los demás podremos disfrutar del atracón.

Al menos, ésa es la teoría. Pero hay un problema...

—¡Deprisa! —dice el señor Molusco mientras da una palmada que suena como las tenazas de un cangrejo en señal de dar una orden—. Acabemos con esto. Cuanto antes vuelvan todos al trabajo, mejor.

Y me agacho bajo el panel de cristal mientras él cruza a grandes zancadas el comedor, moviendo el bigote con anticipación ante el tocino y los pasteles. Verás, aunque es Lady Kraken quien nos ofrece el desayuno a todos

esta mañana, es el señor Molusco, el gerente del hotel, quien decide quién come primero.

Y quién come al final.

—¿Te preocupa que no te toque nada? —pregunta una voz femenina detrás de mí, y doy un salto. Alguna mujer que se hospeda en el hotel debe de haberme encontrado escondido entre los helechos. Debería darme vuelta para ver si necesita algo, pero no puedo apartar los ojos del comedor, donde la situación del desayuno evoluciona de forma alarmante.

El señor Molusco se ha sentado en la mejor mesa y hace señas a los meseros para que le pongan salchichas y huevos en el plato. En el otro extremo del restaurante, las meseras, que serán las siguientes en desayunar, ya empiezan a formarse en una fila hambrienta.

—¡Bueno, el año pasado no me tocó nada! —le explico a la persona que está hablando detrás de mí—. Ni el año anterior. Que no me toque nada del desayuno de cumpleaños de Lady Kraken casi se ha convertido en parte de la tradición.

—Ay —dice la voz—. Qué triste.

—Bueno, *puede* que alcance un croissant —admito al ver que un mesero deja tres croissants con mantequilla a la altura del codo del gerente—. Si queda alguno. Pero

sólo hasta que lleven uno o dos días ahí para que se pongan rancios y duros.

—Este año será diferente, Herbie —dice la voz. Y es una voz encantadora, como miel oscura, que me hace cosquillas en la nuca—. Te lo prometo.

Siento que una mano me endereza suavemente la gorra y luego me da una palmada en el hombro. Y me quedo quieto.

Los olores del desayuno se hacen a un lado y dan paso a una brizna de perfume, aunque desaparece antes de que pueda olerlo bien. Me quedo con ganas de volver a oler ese perfume. Por fin me doy la vuelta para ver quién me habla, pero ya no hay nada más que las frondas del helecho tras el que creía esconderme. Me enredo un poco con la planta estorbosa antes de poder volver a salir al vestíbulo para ver quién era.

Hay gente en la recepción registrándose en el hotel. Ámbar Griss, la recepcionista, entrega las llaves de varias habitaciones a un hombre corpulento y pelirrojo con sombrero homburg, mientras dos hombres altos vestidos de negro de pies a cabeza se colocan detrás de él, cargados de cajas y maletas. Ninguno de ellos parece del tipo de voz y perfume encantadores de hace un momento, pero más allá de ellos hay una cuarta figura.

Una mujer está de pie junto al elevador de latón, de espaldas a mí. Es alta, de pelo negro y lleva un abrigo también negro, bordado, que capta la luz de forma extraña. Deseo que se dé la vuelta, pero no lo hace.

Entonces ocurre algo extraño.

Las nubes se abren sobre Puerto Encantado y un rayo de sol dorado atraviesa una de las altas ventanas del hotel y se proyecta sobre el grupo.

Y veo...

¡Algo!

Algo está mal en la escena, en la forma en que cae la luz o en la forma en que proyecta las sombras o...

Me froto los ojos y parpadeo para intentar comprender el extraño efecto, pero justo en ese momento llega el elevador y la mujer de pelo negro se sube. Los hombres con las maletas se suben detrás de ella. La puerta del elevador se cierra y desaparecen.

Vuelvo a frotarme los ojos. Quizá me estoy volviendo un poco loco por la falta de desayuno.

Pero no puedo evitar preguntarme por la mujer de pelo negro.

¿Quién era? ¿Qué quiso decir?

Y... me pregunto en voz alta: "¿Cómo sabe mi nombre?".

